

Estado, violencia y víctimas

Respuestas ciudadanas frente al *performance* de la guerra

JAQUELINE GARZA PLACENCIA* | LUCIO ISRAEL CERVANTES PORRÚA**

EN ESTE ARTÍCULO SE EXPONE la incidencia política de la ciudadanía organizada ante el aumento considerable de la inseguridad, la violencia y la proliferación de víctimas provocadas por la guerra en contra del narcotráfico que el presidente Felipe Calderón promovió durante el periodo 2006-2012 en México. El Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD) fue la expresión más visible en el espacio público que logró articular a una diversidad de actores civiles con el propósito de cambiar el discurso oficial. Éste, basándose en un *performance cultural* intentó investir de una autoridad sagrada al proyecto pero terminó considerando a las víctimas como daños colaterales, ante lo cual el MPJD les dio visibilidad y exigió justicia. Este emergente movimiento social inició la mayor movilización de protesta en contra de la violencia en el ámbito nacional, así como un fenómeno que no se había observado con anterioridad: la posibilidad de interlocución directa con el gobierno federal a partir del diálogo.

Palabras clave: violencia de Estado, víctimas ciudadanas, movimiento social, *performance cultural*, guerra.

THIS ARTICLE DISCUSSES the political impact of organized citizenship in the face of the considerable increase in insecurity, violence and the proliferation of victims provoked by the war against drug trafficking that President Felipe Calderón promoted during the period 2006-2012 in Mexico. The Movement for Peace with Justice and Dignity (MPJD) was the most visible expression in the public space that managed to articulate a diversity of civil

* Doctora en antropología por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) [garzapj@hotmail.com].

** Maestro en ciencias sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), sede académica México [israelvenus@hotmail.com].

actors with the purpose of changing the official discourse. This one, based on a cultural performance tried to invest of a sacred authority to the project but ended up considering the victims as collateral damage, before which the MPJD gave them visibility and demanded justice. This emerging social movement initiated the largest mobilization of protest against violence at the national level, as well as a phenomenon that had not previously been observed: the possibility of direct dialogue with the Federal Government through dialogue.

Key words: State violence, citizen victims, social movement, cultural performance, war.

El mundo ya no es digno de la palabra
Nos la ahogaron adentro
Como te (asfixiaron),
Como te
desgarraron a ti los pulmones
Y el dolor no se me aparta
sólo queda un mundo
Por el silencio de los justos
Sólo por tu silencio y por mi silencio, Juanelo.

JAVIER SICILIA

Introducción

La historia de la humanidad siempre ha estado vinculada de alguna u otra manera con las manifestaciones tangibles de la violencia que afecta a grupos y/o sociedades completas, ya sea a partir de las guerras, el terrorismo, el racismo o la esclavitud, violencia que en muchos casos históricos es característica del orden social de la época.¹ No obstante, la violencia genera un intenso debate debido a que se pueden encontrar explicaciones completamente diversas sobre el significado de este concepto. Por ejemplo, la exclusión social, la pobreza, el hambre y los abusos domésticos son formas de violencia que históricamente han sido invisibilizadas o toleradas (Azaola, 2012).

1. Ejemplo de esto es la propia esclavitud, que como institución no fue objeto de críticas sino hasta el ascenso del cristianismo en la conformación de Constantinopla (Brunkhorst, 2004).

El fenómeno de la violencia también ha sido entendido como un recurso de acción instrumental, puesto que los gobernantes son individuos racionales que realizan un cálculo costo-beneficio del uso de la violencia (Pereira y Ungar, 2004). Esta perspectiva ha recibido amplias críticas porque sus planteamientos son sumamente utilitaristas, ya que la violencia se explica como consecuencia de estrategias racionales para alcanzar un fin. Pero este enfoque también resulta suficientemente sólido porque permite comprender las estrategias, objetivos definidos y los recursos que movilizaron los actores y/o grupos para desencadenar violencia con un propósito que generalmente es político (Arteaga, 2003).²

Con el advenimiento de los regímenes civiles elegidos democráticamente se confrontan otras formas de violencia (paramilitares, impunidad policiaca, pandillas urbanas, delincuencia común) pero los altos costos humanos y sociales asociados principalmente con la criminalidad han sido el motivo para que el tema de la seguridad se convirtiera en un asunto de primer orden en la agenda de muchos gobernantes. Las élites en el poder han construido argumentos con los que llaman a la sociedad a unirse a sus Estados en contra del “enemigo”. Un “enemigo” que, como bien lo hace notar Angarita (2012), tuvo que cambiar culminada la Guerra Fría. Con la desaparición del comunismo como “enemigo” fundamental, las lógicas del poder global necesitaron construir nuevos enemigos encontrando en el terrorismo, el crimen organizado y la inseguridad pública, la encarnación del nuevo “mal” a combatir. Por tanto, los Estados definen ciertas políticas de seguridad y promulgan leyes o artículos constitucionales que restringen las libertades individuales ofreciendo a cambio protección personal y patrimonial.

2. El totalitarismo de Estado, los regímenes autoritarios y las dictaduras militares son los casos más representativos en los que la violencia se reconoce como un recurso por medio del cual los Estados han ejercido y conservado el poder. Esta forma de violencia se práctica a partir de múltiples repertorios como la censura, la vigilancia policial secreta, la justicia viciada, la represión política y los crímenes de lesa humanidad, es decir, esos delitos que se comenten al amparo del Estado. En el caso de este artículo, se asume que al hablar de las víctimas de la guerra en contra del crimen organizado existe un contexto diferenciado: un Estado de derecho democrático que en teoría está sujeto al propio derecho, y obligado a dar voz a todos. La invisibilización y la ignominia cometidas por el gobierno federal hacia las víctimas genera una relación desigual y autoritaria que provoca una segunda violencia en contra de éstas (posterior a la que sufrieron por la propia guerra).

Por ello, el discurso sobre la “seguridad democrática” formulado en términos de razón de Estado definió la clave de lectura para la violencia, y obstruyó los cuestionamientos en torno a la expansión del poder policial en las calles, con la consecuencia no deseada de abusos y arbitrariedades por parte de estos actores (Pita, 2010). Los argumentos de las elevadas tasas de criminalidad han llevado a los ciudadanos a aceptar el uso y abuso de la fuerza policial a cambio de maximizar su seguridad. De esta manera, en muchos países latinoamericanos la expansión del poder policial y militar pasó no sólo a ser tolerada, sino también propiciada con el fin último de garantizar la seguridad pública.

En el 2006 en México se inició un episodio de extrema violencia cuando Felipe Calderón decidió centrar su gestión pública en la seguridad e inició el llamado “combate al narcotráfico”. Sin embargo, en los territorios donde el crimen organizado había establecido formas de control, lejos de ser recuperados se encuentran sometidos a múltiples formas de violencia. Los grupos delictivos se disputan plazas o rutas y sus miembros secuestran y extorsionan a los habitantes. Asimismo, las fuerzas de seguridad están en algunos casos en connivencia con el crimen organizado, y en otros habían sido directamente expulsadas de las zonas (PNUD-OAE, 2010).

Los medios de comunicación durante la guerra contra el narcotráfico también desempeñaron un papel fundamental para construir una versión de la realidad que contribuyó a expandir el miedo y la criminalización en el espacio público. Así fue el caso de los mensajes televisivos en los que se mostraba la detención de “presuntos delincuentes”, a quienes no sólo se les violaba el derecho al debido proceso y el principio de presunción de inocencia, sino que eran exhibidos como representación de un “gobierno victorioso que iba ganando la guerra”.

Empero, los sentimientos de agravio e injusticia motivaron a los familiares de las víctimas a organizarse, movilizarse y vincularse en redes con el propósito de demandar justicia para sus muertos, encontrar a sus desaparecidos y hacerlos visibles en el espacio público como jóvenes, estudiantes o trabajadores que no estaban implicados en actividades ilícitas, tal como se les había estigmatizado al llamarlos “criminales” o “delincuentes” en los discursos oficiales y mediáticos.

A partir de lo que se expone aquí, uno de los principales recursos que los ciudadanos organizados han encontrado en relación con el Estado mexicano es la búsqueda del diálogo antes que la confrontación. El Mo-

vimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD) representó durante el final del sexenio de Calderón el alzamiento de voz de los ciudadanos que, ante las consecuencias y horrores de la violencia provocadas por la guerra ponen en la mesa de debate la necesidad de que la clase política mantenga una relación y un diálogo estrecho con la ciudadanía, sobre todo cuando es el gobierno quien ha “victimizedo” al ciudadano (victimización sumada a la sufrida por parte de la violencia criminal).

Este artículo tiene como propósito examinar la emergencia del grupo de ciudadanos que se organizaron en el MPJD para posicionarse política y moralmente en contra de la guerra que inicio Felipe Calderón durante su gestión en México (2006-2012). El documento se organiza en tres secciones. En la primera se analiza cómo el gobierno federal requirió hacer uso de recursos simbólicos compartidos (el *performance de guerra* establecido por Calderón) dentro de la sociedad para llevar a cabo la guerra contra el crimen organizado, principalmente buscando que esta confrontación tuviese autoridad simbólica. En la siguiente sección se exponen las condiciones que hacen posible la emergencia y desarrollo de actores políticos y colectivos. En este caso son centrales los familiares de las víctimas, así como su organización y articulación en el MPJD frente a la victimización que sufren por parte del gobierno federal. La última sección consta de un análisis de la incidencia³ política del MPJD, como un actor colectivo que surge del espacio público para proponerse como interlocutor del gobierno federal y planteándose como un “digno” opositor, saliendo del papel de víctima de la guerra impuesto por aquél.

El *performance* de la guerra contra el crimen organizado

La guerra emprendida por el gobierno federal significó al inicio del mandato un golpe de autoridad por parte de Calderón debido al déficit de la misma originada por las elecciones presidenciales del 2006. Calderón

3. La incidencia se propone como un proceso dinámico en el que la ciudadanía organizada trata de persuadir o influir en los poderes del Estado para que transformen sus actitudes, visiones o prácticas en función de sus intereses colectivos, propósitos o proyectos políticos (Garza, 2015). Sin embargo, es la coyuntura la que proporciona las condiciones y oportunidades para el origen de la incidencia ciudadana en un contexto y arena política determinada (Ponce *et al.*, 2000).

plantea la guerra a manera de una cruzada, con el establecimiento de un objetivo que parece trascender este mundo: una lucha en contra de la inseguridad, vista en este lugar como un combate al peligro de contagio por parte de las drogas a las familias mexicanas, lo cual indica un enemigo a eliminar, el criminal portador del contagio. Es, en términos simbólicos, el intento por reordenar a una sociedad desordenada, devolviéndole su “pureza” (Douglas, 2007).

Para que este intento de reordenamiento no pareciera aplicación de pura violencia, Calderón intentó investirlo de una autoridad sagrada. Además de plantearlo como una cruzada, desde sus primeros posicionamientos públicos acerca de la decisión de sacar al ejército a las calles se mostró como el héroe que, de manera valiente, combatiría al crimen organizado utilizando medios legales a partir de la fuerza del Estado. Se propone observar este intento como un *performance cultural* con el cual el gobierno federal buscó implicar a los mexicanos en cuanto a que, si no todos aprobarían el proyecto político de la guerra, por lo menos pocos se opondrían. En este sentido se intentó plantear al proyecto como política sagrada (Alexander, 2000).⁴

El *performance cultural* (Alexander, 2003) es el aprovechamiento que actores sociales hacen de las dimensiones simbólicas de una sociedad específica para, mediante una puesta en escena, vincular los horizontes culturales de una audiencia y quienes representan esa puesta en escena. En

4. Alexander plantea que un fenómeno político puede provocar una crisis cultural y política a partir de cómo se lee culturalmente el ejercicio político, y esto se observa a partir de tres niveles de la política: el nivel de los objetivos se refiere a la política rutinaria, a las decisiones diarias; el nivel de las normas se refiere a las convenciones, costumbres y leyes que regulan la convivencia social; y el nivel de mayor generalidad, el de los valores, se refiere a los aspectos más generales y elementales de la cultura que informan los códigos que regulan la autoridad política y las normas dentro de los cuales se resuelven los intereses específicos. La distinción entre política profana y sagrada se refiere al nivel más general, e implica cómo leen la crisis de la situación política los ciudadanos (es cuando puede hablarse de un símbolo mancillado): “La política rutinaria, ‘profana’, significa, de hecho, que estos intereses no son vistos como la violación de valores y normas generales. La política no-rutinaria comienza cuando se siente la tensión entre estos niveles, ya sea a causa de su inversión en la naturaleza de la actividad política o por una inversión en general, una tensión entre los fines y los desarrollos de los niveles superiores. La atención pública se traslada de los fines políticos hacia cuestiones más generales, hacia las normas y los valores que se perciben ahora en estado de peligro. En este caso, podemos decir que se ha producido la generalización de la conciencia pública a la que me he referido como el punto central del proceso ritual” (Alexander, 2000:213).

este sentido, esta representación será eficaz si y sólo si “conecta” con las lecturas culturales de la audiencia y no permite la duda acerca de su veracidad, si no es cuestionada como una realidad “orquestada”.⁵ Los principales elementos del *performance cultural* (Alexander, 2003) son: los sistemas de representación colectiva (que incluye a los *background symbols* y a los *foreground scripts*),⁶ los actores,⁷ la audiencia,⁸ los medios de producción simbólica,⁹ el *Mise-en-Scène*¹⁰ y el poder social.¹¹

La interdependencia de estos elementos es importante en sociedades complejas porque, a diferencia de las sociedades simples, en las que aquellos elementos están fusionados (toda representación social se lee como se presenta, es en sí misma realidad), en las sociedades complejas surge lo que se denomina *de-fusion* (Alexander, 2003), que es cuando la representación puede quedar fracturada por factores externos e internos al *performance* (como actuaciones no convincentes de los participantes,

5. Un ejemplo de esto puede ser el mantenimiento de una actitud pacífica por parte de Nelson Mandela frente al orden social del apartheid: mientras no sean puestas en tela de juicio sus motivaciones y los medios con los cuales buscó la paz en Sudáfrica, el *performance* será eficaz porque es creíble, no porque sea infalible.

6. Las representaciones sociales son la referencia simbólica que dota a los actores sociales de patrones de significación en los que los distintos mundos arropan, por decirlo de alguna manera, a los mismos y a sus audiencias (donde ellos viven). Una parte de estas representaciones son los *background symbols*, que son los símbolos que proveen del fondo simbólico a las representaciones sociales. La otra parte son los *foreground scripts*, que son los elementos inmediatos a los actores para que puedan actuar (se podría decir que los primeros son los elementos culturales profundos, de fondo, y los segundos dado que están más “a la mano”, ponen en movimiento a los símbolos).

7. La referencia al actor tiene no solamente un sentido sociológico de alguien que realiza acciones, sino realmente tiene una connotación de actuación convincente, pues para Alexander su objetivo (performativo) precisamente es borrar la distinción ante los espectadores entre las representaciones colectivas (consciente o inconscientemente) y su actuar.

8. Son los observadores de los actores (decodifican lo que los actores han codificado).

9. Son los objetos necesarios para que el actor logre una actuación convincente (le ayudan a dramatizar su actuación).

10. En términos muy simples, es la puesta en escena (el espacio donde se desarrolla el *performance* es más importante para este elemento).

11. El poder establece un límite externo para la pragmática cultural (los *background symbols*, al contrario, le presentan un límite interno al *performance*).

por ejemplo), y se requieren esfuerzos extras de codificación por parte de quienes lo representan y un esfuerzo de decodificación por parte de quienes lo observan, porque lo representado no es la realidad necesariamente, y las lecturas de la audiencia siempre pueden variar. La importancia del esfuerzo pragmático radica en que se debe lograr una *re-fusion* de estos elementos para que lo representado no desentone con lo percibido, para que la realidad representada sea “real” (con una carga emocional y moral por parte de la audiencia).

El riesgo del *performance cultural* de la guerra en contra del crimen organizado, entonces, es que si no se logra una *re-fusion* exitosa de los elementos, parecerá una guerra instalada en la política profana, e incluso, en un proyecto personal de Calderón con repercusiones y consecuencias negativas para la ciudadanía. Uno de los principales factores que provocaron estas fallas de *re-fusion* es que Calderón falló en su propia representación a partir de que nunca pudo controlar las consecuencias de la guerra (un aumento considerable de violencia en varias entidades del país), y generó alusiones superficiales, e incluso ofensivas, hacia las víctimas y sus familiares.

El primer hecho significativo consecuencia del aumento de violencia y que da cuenta de esas fallas de *re-fusion*, sucedió en Ciudad Juárez, en Villas Salvárcar, cuando un comando armado entró a una fiesta de adolescentes matando a varios (*La Jornada*, 2010). Calderón, mediante sus declaraciones (tildando a los asesinados de pandilleros), hizo víctimas de nuevo a los jóvenes y por supuesto, a sus familias. La madre de dos de estos jóvenes, la señora Luz María Dávila, encaró a Calderón en un evento público en Ciudad Juárez, el 16 de febrero de 2010, que se realizó con la finalidad de ofrecer disculpas a los ciudadanos de Juárez por las declaraciones que realizó unos días antes, así como de prometer prontas soluciones a la matanza.¹²

12. La señora, dando la espalda a Calderón, defendió a sus hijos mencionando que eran estudiantes dedicados y trabajadores, asegurando que el gobierno es responsable de una guerra “que no es nuestra” “Discúlpeme, señor presidente. Yo no le puedo decir bienvenido, porque para mí no lo es, nadie lo es. Porque aquí hay asesinatos hace dos años y nadie ni nada han querido hacer justicia. Juárez está de luto [...] Les dijeron pandilleros a mis hijos. Es mentira. Uno estaba en la prepa y el otro en la universidad, y no tenían tiempo para andar en la calle. Ellos estudiaban y trabajaban. Y lo que quiero es justicia. Le apuesto que si hubiera sido uno de sus hijos, usted se habría metido hasta debajo de las piedras y hubiera buscado al asesino, pero como no tengo los recursos, no lo puedo buscar” (*La Jornada*, 2010a).

Con este tipo de incidentes Calderón comenzó a representar aspectos de la política profana, denotando su irresponsabilidad no solamente en cuanto a lo que se decide, sino también en cómo se pronuncia públicamente ante las consecuencias negativas que no se preveían y que inevitablemente dañan a terceros, sin compartir el dolor de las víctimas. Más allá de los intentos de Calderón por investir a la guerra como un proyecto político sagrado, se comienza a problematizar políticamente a partir de su propia representación. En contraposición al político profano, surge públicamente el ciudadano con un estandarte de civilidad.¹³

Víctimas y agravio moral: un nuevo actor político

Wieviorka (2005) propone que la violencia puede tener un exceso o falta de sentido, pero nunca es sólo y exclusivamente instrumental; su enfoque coloca en un lugar central la subjetividad de los actores tanto de los sujetos que agreden como de las víctimas.¹⁴ Retomando el tema del *performance* de guerra de Calderón, el sentido atribuido por los ciudadanos que se organizarían en el MPJD parte del agravio moral que sienten por convertirse en “daños colaterales” de una guerra que no ha sido pedida por ellos, pero de la cual han sufrido sus consecuencias. En este sentido, a partir de lo que menciona Wieviorka, lo que al inicio del mandato podía tener un exceso de sentido (la utilización de violencia como combate al crimen organizado mediante las fuerzas armadas), debido al aumento de

13. El evento que inaugura esto ocurre a inicios de 2011, con el llamado que hace Eduardo del Río Rius, dirigido a los ciudadanos para exigir al gobierno que termine con la guerra. La campaña, denominada *No + sangre*, plantea la necesidad de la desmilitarización del territorio nacional, que el gobierno se haga responsable en cuanto al fin de la guerra a partir de un cambio de estrategia que no esté basado en la violencia. Esta es una primera exaltación de la civilidad con cara de humanidad en oposición a la violencia y a una de sus principales consecuencias: el anonimato de las víctimas (o su criminalización por parte del gobierno).

14. Este autor plantea cómo ciertos sujetos por medio de la violencia han logrado construir un sentido a su existencia o cómo el sentido de la obediencia a una autoridad, ley, Estado o cualquier otra cosa a la que se le reconozca como legítima puede constituir sujetos violentos. Ejemplo de ello es la violencia islámica debido a que está repleta de significados y sentidos como la religión, el más allá y/o la muerte (Vélez, 2010).

la violencia incontrolada, adquiere una falta de sentido y se percibe como insuficiente e innecesaria porque se evidencia que el propio gobierno no tiene control de la situación.

Para Wieviorka (2005) es a finales del siglo XIX cuando las víctimas de la violencia comienzan a hacerse visibles en la esfera pública, en el ámbito internacional con el incremento de víctimas civiles por las guerras y la aparición subsiguiente de asociaciones como la Cruz Roja o Médicos sin frontera. Mate (2008) sostiene que las víctimas que se han hecho visibles han dejado de ser el precio silencioso de la política. Para este autor, “[...] la visibilidad consiste en haber logrado que el sufrimiento deje de ser insignificante, es decir, que signifique injusticia” (Mate, 2008:21). Entonces, las personas agraviadas despertaban la ira en un mundo que a finales del siglo era informado al instante de las violaciones a los derechos humanos por la televisión vía satélite.¹⁵

Aunque no existe un perfil único de víctima, durante las dictaduras militares o Estados autoritarios las personas víctimas de tortura, ejecuciones extrajudiciales y desapariciones forzadas, eran conocidas por ser militantes políticos. En los países con múltiples actores violentos (crimen organizado, paramilitares, militares, policía), la gran mayoría de las víctimas son consideradas por los gobiernos como “anónimas”, porque por lo general tienden a ser personas jóvenes provenientes de sectores en situaciones vulnerables. Basta mencionar que en México, el anonimato de las miles de víctimas en la guerra contra el crimen organizado encontró su máxima expresión en las notas periodísticas debido a que la información proporcionada cotidianamente por los medios de comunicación masiva se limitaba casi exclusivamente a contar a los muertos a partir de los llamados “ejecutómetros”.

Ahora bien, las víctimas que salieron de ese anonimato tuvieron que ser reconocidas, pero eso sólo se ha logrado con las manifestaciones de los familiares que llevaban las fotos de los muertos y los desaparecidos, que demandaron justicia y dialogaron con las autoridades. De ahí que la interacción entre los familiares y el poder político se vuelve indispensable para canalizar sus demandas. Sin embargo, cada persona que es víctima de

15. La cobertura televisiva de los cadáveres amontonados en Ruanda generó una respuesta pública que forzó a la ONU a crear un tribunal para juzgar a los responsables (Robertson, 2008).

la violencia reacciona de una manera diferente. La desgracia en común y el dolor han unido a los familiares de las víctimas, pero pueden quedarse en un estado de desamparados, humillados o atrapados en ese dolor. Como señala Wieviorka (2005), el grave peligro de la víctima o de sus familiares es caer en el victimismo y no llegar a constituirse en “sujetos autónomos”. Otros familiares rechazan la idea de politizar tanto “su desgracia” para satisfacer sus demandas; otros han logrado reconvertir el sufrimiento en acciones concretas, como en el caso de los integrantes del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD) quienes pasaron de estar en la espera de una solución a sus problemas por parte del Estado, a convertirse en activistas, investigadores y voceros de sus casos. De modo que, los familiares ligados por los lazos de parentesco con las víctimas, se han convertido en un tipo particular de actor político o activista que surge como consecuencia de la injusticia y el agravio personal (Pita, 2010).

Los ciudadanos organizados en el MPJD enfatizan el logro de la paz con el reforzamiento del tejido social, antes que con la utilización de medios bélicos. La representación de Calderón cayó en descrédito debido a su falta de pericia al interpretar a un político ocupado en el bienestar ciudadano, porque no solamente no se ha terminado con el problema sino que se vuelve víctima a los ciudadanos tanto fáctica como discursivamente.¹⁶ Por ello, el *performance* de guerra de Calderón, antes que investir a su mandato político de un aura sagrada, reveló los aspectos profanos de la política mexicana en términos de la ignominia a la que fueron sometidos los ciudadanos.

La incidencia política del MPJD: el primer diálogo por la paz

El acontecimiento que marcó un antes y un después en el *performance* de la guerra en contra del crimen organizado es el asesinato de Juan Francisco Sicilia, hijo del poeta Javier Sicilia, quien emprende una movilización que comienza a aglutinar a distintos sectores de la sociedad mexicana (entre ellos artistas, intelectuales y periodistas), así como a algunas agrupaciones de la sociedad civil organizada.

16. De modo que en los discursos presidenciales constantemente se invocó la idea de minimizar la muerte si ésta sobreviene como consecuencia de un acto de heroísmo. “Morir es nada cuando por la patria se muere”, repetía con frecuencia Calderón apoyado en las palabras de Morelos (Salgado, 2013: 92).

El MPJD nace por la conglomeración de variados grupos que, a pesar de las diferencias, encontraron un motivo que les permitió sumarse como un movimiento: el dolor causado por la violencia en el país, pero lo que es más importante, por la clase política y su ignominia (debido al hartazgo provocado por la interminable espiral de caminos institucionales que no resolvían sus casos, por mencionar un ejemplo), por considerarlos simples “daños colaterales”.

En un primer momento el gobierno federal se negó a dialogar con el MPJD, incluso a pesar de que Calderón se reunió con Sicilia. Pero ante las constantes presiones, como la *Marcha por la Paz*, llevada a cabo el 14 de abril de 2011 desde Morelos hasta la Ciudad de México, o la publicación de una carta manifiesto firmada por simpatizantes; el gobierno federal accedió al diálogo. El Primer Diálogo por la Paz,¹⁷ celebrado el 23 de junio de 2011, es el más interesante debido a que lo que estuvo en juego fue la reivindicación moral y simbólica de las víctimas de la guerra ante la clase política. En el Segundo Diálogo se intentó dar seguimiento mediante mesas de trabajo a los acuerdos del primero, pero careció del impacto simbólico del primero.

El objetivo principal del MPJD fue hacer visibles a las víctimas, que fueron negadas y criminalizadas por Felipe Calderón. Esta cuestión choca con la representación que sigue llevando a cabo el mandatario, quien no acepta su responsabilidad en las consecuencias de la guerra y la violencia, escudándose en los motivos “puros” que están detrás del proyecto. Sicilia hace alusión en su primera intervención al diálogo como el medio más fecundo para lograr una solución al problema de la guerra, haciendo una nítida distinción entre la ciudadanía y los políticos, y mencionando la responsabilidad que tienen éstos en relación con la violencia desatada por la guerra. Sicilia menciona:

El Estado mexicano está fallando en su obligación de proteger a su gente y defender sus derechos, por eso, señor presidente en su función de Estado, ustedes son corresponsables junto con los gobiernos de los estados de 40 mil muertos,

17. El MPJD participó en cuatro mesas de Diálogos por la Paz en el Alcázar del Castillo de Chapultepec: dos con el Ejecutivo Federal realizadas el 23 de junio y el 14 de octubre de 2011; una con legisladores celebrada el 28 de julio de 2011 y una con los candidatos a la presidencia de la República que se llevó a cabo el 28 de mayo de 2012.

miles de desaparecidos y miles de huérfanos, es decir, son corresponsables, independientemente de los criminales, del dolor, de la muerte y del sufrimiento de miles de familias en nuestro país. Más aún cuando ese mismo Estado vuelve a victimizar a quienes buscan justicia, los dejan en el abandono y el olvido. Ustedes señor presidente, son responsables de haber declarado esta guerra contra un ejército que además no existe porque está formado por criminales, sin haber hecho antes una profunda reforma política y un saneamiento de las instituciones (Sicilia, 2011).

Esta intervención de Sicilia denota la indignación que sienten las víctimas y sus familiares por la denostación que han hecho las autoridades. Además, el poeta señala:

Aquí señor presidente, vean bien nuestros rostros, busquen bien nuestros nombres, escuchen bien nuestras palabras, estamos una representación de víctimas inocentes. ¿Les parecemos bajas colaterales, números estadísticos? El 1% de los muertos de cara a esa justicia que reclamamos, venimos hasta aquí en primer lugar a que reconozcan la deuda que el Estado mexicano tiene con las víctimas, con sus familias, y la sociedad entera, por eso, en su calidad de representante del Estado, señor presidente está obligado a pedir perdón a la Nación, en particular a las víctimas, en segundo lugar, hemos venido... aquí a que nos haga justicia (Sicilia, 2011).

Calderón responde manteniendo de inicio una postura comprensiva, mostrándose como alguien cercano al dolor de las víctimas y evitando parecer insensible ante las peticiones ciudadanas. Calderón (2011) afirma: “[...] yo también quiero para México, un México con paz, con justicia y dignidad. Y a mí también me entristecen las pérdidas de vidas de miles y miles de mexicanos, especialmente de jóvenes [...] Todas, todas esas víctimas me duelen y me pesan. Y me duelen más especialmente las víctimas inocentes”.

A pesar de que la discusión fue extremadamente emotiva, llegó el momento en que Calderón tuvo que defender su proyecto, intentando justificarlo como una guerra necesaria por el bienestar de los mexicanos, responsabilizando a los grupos criminales de la situación de violencia generalizada en el país. Calderón le contesta a Sicilia:

Sé que quienes afirman que la violencia que hoy vive México ha sido generada por el Estado. Que todo es culpa, como usted ha dicho, de que el presidente

decidió lanzar al ejército a las calles a esta guerra absurda, que se asume en consecuencia que la solución es: detener esta guerra. Sinceramente Javier pienso en este punto, que la premisa está equivocada y que por tanto, la conclusión a la que se llega también está equivocada. ¿Será cierto que todo es culpa del gobierno?, ¿qué no tendrá nada que ver los criminales que los levantaron, los que los torturaron, los que los asesinaron, los que aún esconden a los nuestros?, ¿acaso no cuenta en la violencia la realidad abrumadora del crecimiento del crimen organizado en el país?, ¿no dicen nada los pueblos asustados que usted encontró en su camino?, ¿no le dijeron en Zacatecas nada acerca de los Zetas?, ¿no le dijeron en Durango nada acerca de la gente del ‘Chapo’? [...] Pienso que ha sido fundamentalmente la acción de los criminales y no la del Estado la que nos ha traído hasta aquí (Calderón, 2011).

El presidente Calderón en sus intervenciones buscaba legitimar su estrategia bélica, pero no importa cuán sofisticado sea el diseño de los planes orientados a combatir la inseguridad, si las instituciones del Estado son débiles, las políticas terminan siendo una fuente adicional de inseguridad.¹⁸ No obstante, Calderón sigue defendiendo hasta sus últimas consecuencias el propósito de la guerra, pero su principal problema es el foco de la atención pública que lo está obligando a exigirse mayor autocontrol y mayor sensibilidad frente a las víctimas. En tanto, los integrantes del movimiento denunciaron que la impunidad y la corrupción eran el núcleo estructural de la inseguridad y exigieron al Ejecutivo Federal el cumplimiento de los seis puntos del Pacto Nacional por la Paz¹⁹ (Sicilia, 2012).

Así, el diálogo del MPJD con Calderón se convirtió en un espacio de permanente tensión entre el poder que se resistió a ser limitado y la ciudadanía organizada que buscaba defender a las víctimas y sus familiares.

18. Aquí cabe advertir que los problemas de inseguridad y violencia no sólo se atribuyen a la puesta en marcha de las políticas gubernamentales, sino que las agencias estatales de seguridad también hacen un uso ilegal de los recursos coercitivos del Estado. Las fuerzas de seguridad violan los derechos civiles y políticos de la ciudadanía, ya sea por el grado de impunidad que gozan y/o por la corrupción que existe dentro de los propios cuerpos policíacos.

19. Los seis puntos del Pacto Nacional por la Paz son: 1) verdad y justicia para las víctimas; 2) poner fin a la estrategia de guerra y asumir un enfoque de seguridad ciudadana; 3) combatir la corrupción y la impunidad; 4) combatir la raíz económica y las ganancias del crimen; 5) crear un plan de emergencia nacional para la atención a la juventud y acciones efectivas de recuperación del tejido social; y 6) la exigencia de una democracia participativa y democratización de los medios de comunicación.

Pero a pesar de que no se lograron diseños de políticas públicas que fueran aceptables para ambas partes y establecieran avances para el término de la guerra, la ganancia simbólica de los miembros del MPJD fue clara: plantearse como un interlocutor del gobierno, y recuperar la visibilidad y la dignidad de las víctimas de la guerra, sobre todo en cuanto a la victimización provocada por el Ejecutivo Federal. Lo problemático es que posteriormente a los Diálogos por la Paz no se logró alguna otra conquista en relación al gobierno federal.²⁰

Consideraciones finales

René Girard (2010) resalta que en todo conflicto bélico se tiende a la escalada de los extremos, lo cual queda representado en la imposibilidad de resolver el conflicto a partir de medios no violentos, e incluso, en la imposibilidad de resolución. En el caso aquí revisado queda manifiesto esto cuando se inició la guerra y se puso en marcha por una decisión política, pero no hubo posibilidades para que se diera un final mediante la propia política. Frente al ciudadano organizado, Felipe Calderón se convirtió en un político acorralado.

A pesar del aumento del número y facultades de las fuerzas de seguridad, de las partidas presupuestales en seguridad, y del surgimiento de leyes y reformas en materia de justicia penal, también aumentó la violencia a niveles alarmantes, además de que se incentivaron los abusos del poder, las graves violaciones a los derechos humanos y las víctimas. La escalada a los extremos cobró víctimas constantes entre ambos contendientes (fuerzas armadas/policía y grupos criminales), pero el ciudadano siempre se encontró en medio.

20. La dificultad que encontró el MPJD para incidir en la agenda del gobierno federal lo llevó a cambiar de interlocutor político. Esta vez el movimiento social influiría en la arena del Poder Legislativo con la propuesta de una ley que contemplaba una reparación integral de las víctimas y sus familiares (Garza, 2015). La propuesta de ley se elaboró con la participación activa de organizaciones de derechos humanos, especialistas, legisladores e integrantes del MPJD. Sin embargo, los familiares de las víctimas tuvieron que llevar a cabo distintas acciones de cabildeo y presión para impulsar la ley. Los familiares realizaron una manifestación permanente en las instalaciones de la Cámara de Senadores para lograr que se aprobara la Ley General de Víctimas (LGV) el 30 de abril de 2012 en el Congreso de la Unión.

El grave problema ante el cual emerge el MPJD es la invisibilización/denostación sufrida por las víctimas de la guerra y sus familias, primero por las consecuencias de la violencia, y después por la representación pública del gobierno federal. Lo que generó malestar en las víctimas fue la ignominia que sufrieron ante la irresponsabilidad de Calderón, quien a pesar de que en un primer momento del *performance* de guerra intentó darle autoridad al proyecto político, terminó mostrando a éste y a su autor como representaciones de la política profana, a partir de alusiones superficiales y ofensivas hacia las víctimas y sus familias.

De tal modo, los sentimientos de injusticia y agravio moral llevaron a los familiares a organizarse en el MPJD que representó el alzamiento de la voz de los ciudadanos que se convirtieron en un digno opositor político, saliendo del papel de “daño colateral” de la guerra al exigir en el diálogo su reivindicación moral y simbólica como víctimas.

Puesto que el Ejecutivo Federal se negó a reconocer que el Estado produjo víctimas, surge un elemento a reflexionar acerca de los límites políticos de éste: Calderón, para ganar autoridad simbólica para su mandato, debió mantenerse como el político cruzado que combatiría heroicamente al crimen, sin importar las consecuencias inmediatas porque lo que estaba en juego era el futuro del país. Las consecuencias no anticipadas de estas decisiones convirtieron en víctimas a miles de ciudadanos, a pesar de los intentos de Calderón por mostrar que el objetivo seguía siendo la protección de las familias mexicanas.

Incluso a pesar de los intentos por resarcir a las víctimas,²¹ se evidencia a partir de la defensa de Calderón de su *performance* de guerra, que existe una distancia severa entre los ciudadanos y la política, situación que lesiona la conformación de las condiciones necesarias para los procesos de democratización. Por un lado, se inhibe el interés de la ciudadanía en los asuntos públicos y su participación en la arena de la política formal. Por otro, se vulneran los derechos garantizados en la legislación, ya que la ciudadanía no confía en las instituciones que fueron creadas exclusiva-

21. La creación de Províctima y el Memorial para las Víctimas de la Violencia en Campo Marte son ejemplos de estos intentos. Asimismo, los programas públicos que surgieron tras la publicación de la Ley General de Víctimas (LGV) se han aplicado de manera fragmentada, discrecional y simulada.

mente por los gobernantes y tampoco acepta las políticas públicas que se formulan sin que las autoridades hayan escuchado sus voces.

El *performance* de guerra de Calderón, contrariamente a lo que se esperaba al establecerlo, mostró la distancia simbólica entre la clase política y los ciudadanos, con excepción de ese periodo corto en el que el MPJD logró ser un interlocutor, plantando cara de manera pública al Ejecutivo Federal, y estableciendo un hito histórico en cuanto a las relaciones de la ciudadanía con el poder político.

Referencias

- Alexander, Jeffrey (2000). “Cultura y crisis política: el caso ‘Watergate’ y la sociología durkheimiana”, en Jeffrey Alexander, *Sociología cultural. Formas de clasificación en las sociedades complejas*. México: Anthropos/Flacso México, pp. 203-252.
- (2003). “Cultural pragmatics: social performance between ritual and strategy”, en Jeffrey Alexander et al., *Social Performances. Symbolic action, cultural pragmatics and ritual*. Reino Unido: Cambridge University Press, pp. 29-90.
- Angarita, Pablo (2012). “La seguridad democrática: punta del iceberg del régimen político y económico colombiano”, en A. Vargas. (coord.), *El prisma de las seguridades en América Latina. Escenarios regionales y locales*. Argentina: Clacso, pp. 15- 50.
- Arteaga, Nelson (2003). “El espacio de la violencia: un modelo de interpretación social”, *Sociológica*, año 18, núm. 52, mayo-agosto, pp. 119 – 145.
- Azaola, Elena (2012). “La violencia de hoy, las violencias de siempre”, *Desacatos. Entender la violencia*, [40], pp. 13-32.
- Brunkhorst, Hauke (2004). *Introducción a la historia de las ideas políticas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Calderón, Felipe (2011). Discurso pronunciado en el Primer Diálogo por la Paz en el Alcázar de Castillo de Chapultepec, 23 de junio.
- Douglas, Mary (2007). *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Garza, Jaqueline (2015). “Políticas públicas y violencia en México: la incidencia del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad”, *Iberoamérica Social: revista-red de estudios sociales* (v), pp. 55-66 [<http://iberoamericasocial.com/politicas-publicas-y-violencia-en-mexico-la-incidencia-del-movimiento-por-la-paz-con-justicia-y-dignidad>], fecha de consulta: 10 de julio de 2016.

- Girard, René (2010). *Clausewitz en los extremos. Política, guerra y Apocalipsis*. Buenos Aires: Editorial Katz.
- La Jornada* (2010). “Ejecutan en Ciudad Juárez a 12 adolescentes y dos adultos”, México, 1 de febrero.
- (2010a). “Discúlpeme, presidente, no le puedo dar la bienvenida: madre de dos ejecutados”, México, 12 de febrero.
- Mate, Reyes (2008). *Justicia de las víctimas. Terrorismo, memoria, reconciliación*. España, Anthropos.
- Pereira, Anthony y Marc Ungar (2004). “The Persistence of the ‘Mano Dura’: Authoritarian Legacies and Policing in Brazil and the Southern Cone”, en Hite K. y Cesarini P. (eds.). *Authoritarian Legacies and Democracy in Latin America and Southern Europe*. París: IN, University of Notre Dame Press, pp. 263-304.
- Pita, María (2010). *Formas de morir y formas de vivir. El activismo contra la violencia policía*. Buenos Aires: Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) y Editores del Puerto.
- Ponce Vázquez, Daniel et al. (2000). *Protagonismo e incidencia de la sociedad civil. Definición de políticas públicas y agenda democrática en México y Centroamérica*. México: Alforja/ITESO.
- PNUD-OEA (2010). *Nuestra democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Robertson, Geoffrey (2008). *Crímenes contra la humanidad. La lucha por una justicia global*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Salgado, Eva (2013). “La historia nacional como máscara en el discursos presidencial en México (2006-2012)”, *ALED. Revista Latinoamericana de estudios del discurso*, vol. 3(2), Brasil: Thesauru Editora de Brasilia Ltda.
- Sicilia, Javier (2012). “Seguimos hasta la madre”, *Brújula ciudadana. Especial del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad*, núm. 34. México: Iniciativa Ciudadana para la Promoción de la Cultura de Diálogo, pp. 2-8.
- (2011). Discurso pronunciado en el Primer Diálogo por la Paz en el Alcázar de Castillo de Chapultepec, 23 de junio.
- Vélez, Laurentino (2010). “En torno a la violencia. Entrevista a Michel Wieviorka”, *El Viejo Topo*, núm. 222-223 [<http://www.elviejotopo.com/web/revistas.php?numRevista=222-223>], fecha de consulta: 25 de enero de 2014.
- Wieviorka, Michel (2005). *La violence*. Francia: Hachette Littératures.